

CONFERENCIA DEL MAESTRO OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL PAPEL DE UN MAESTRO II

Salida de sol del 30 de julio de 1975

“Podrán ir junto a un Maestro, pero no obtendrán nada si no son sinceros y honestos. Es la calidad de sus pensamientos y de sus sentimientos lo que los hace progresar, el Maestro sólo es un medio. Todos aquéllos que se imaginan que su evolución espiritual se habría visto facilitada si hubiesen tenido un gran Maestro, o incluso el Maestro más grande, se equivocan; lo único seguro es que habrían tenido unas pruebas más grandes. ¡No se imaginen que, junto a Jesús, un gato puede convertirse en San Juan! No, sigue siendo un gato, y el puerco se volverá dos veces puerco.

Evidentemente, es bueno tener un Maestro sabio y lleno de amor, pero no olviden jamás que lo más importante son ustedes mismos, porque, cuando uno lleva en sí algo bueno, divino, acaba siempre atrayendo los elementos que le corresponden. Así pues, aunque yo no esté capacitado, según ustedes, para poder ayudarles cómo quieren, esto importa poco. Si ustedes son sinceros, y tienen la convicción de que otros, a través de mí, van a poder ayudarles, nunca estarán decepcionados, porque lo esencial son ustedes mismos. Empiecen, pues, por mejorar sus sentimientos y sus pensamientos, sabiendo que, tarde o temprano, atraerán los elementos que les corresponden.”

* * *

Muy pocos saben lo que es realmente un Maestro. Algunos han leído libros que cuentan historias inverosímiles: que un Maestro no come, que no duerme, que no experimenta ningún deseo. Si leen, por ejemplo, el libro de Spalding sobre los Maestros, ¡qué encontrarán! En realidad, un Maestro está hecho como todos los demás hombres: tiene los mismos órganos, que le hacen experimentar las mismas necesidades de comer, de dormir, etc., y, si le cortan un pedazo de carne, verán que la sangre se derramará, y que será

roja, como la de todos los hombres. La diferencia es que la consciencia de un Maestro es mucho más vasta que la de la mayoría de los humanos: tiene un ideal, unos puntos de vista superiores y, sobre todo, ha llegado a un perfecto autocontrol. Evidentemente para eso hace falta muchísimo tiempo y un trabajo gigantesco, y por eso no se puede llegar a ser Maestro en una sola encarnación.

Si encuentran a un Maestro, deben saber que todas las cualidades y virtudes que manifiesta no las ha adquirido en una sola vida. No, ha tenido que trabajar durante siglos, durante milenios incluso y, como las cualidades que uno adquiere por su propio trabajo no desaparecen en el momento que abandona la Tierra, cuando vuelve de nuevo trae consigo todas estas cualidades y, así, de encarnación en encarnación, añade nuevos elementos espirituales, hasta el día en que se vuelve un verdadero conductor de la luz, de la sabiduría, de la inteligencia, de todo lo que es celestial y armonioso.

Desgraciadamente, también hay seres que se han preparado durante siglos para ser los conductores del mal, y son los Maestros de la logia negra. El ser humano es libre para escoger el bien o el mal, pero, si escoge el mal, aunque la Inteligencia cósmica le deje hacer durante un cierto tiempo, acaba siempre siendo aniquilado, porque hay leyes implacables. Pero, mientras tanto, puede elegir.

Mientras estén vivos, son libres de determinarse en un sentido o en otro. En ciertos casos muy raros encontramos a seres que, a pesar de esta libertad que les ha sido dada, no se salen de su categoría; están definitivamente determinados. Los grandes Iniciados, por ejemplo, están determinados para la luz y para el amor. Algunos, claro, pudieron caer, pero la mayoría siguieron siendo espíritus de la luz. Y, por otra parte, cuanto más pasa el tiempo, menos posibilidades tienen de cambiar de dirección, porque, gracias a su trabajo espiritual han llegado a transformar, a divinizar las más pequeñas células, los más pequeños átomos de su cuerpo. Son como un metal inoxidable. Pero, hasta que un ser no ha llegado a este grado de evolución, siempre es posible que cambie de dirección, y en la historia se han visto casos de magos blancos que se convirtieron en magos negros.

Se preguntarán cómo se llega a ser un mago negro... En realidad, es muy fácil, incluso para ustedes. Si dan rienda suelta a su naturaleza inferior, si transgreden sin cesar las leyes de la bondad, de la justicia, del amor, tratando siempre de triunfar a expensas de los demás, tratando de despojarles, de destruirles, no pueden hacer otra cosa que convertirse en un

mago negro. Es simple, es claro. Muchos se imaginan que para llegar a ser un mago negro hay que tener un maestro diabólico que les enseñe el arte de los embrujos y de los conjuros maléficos. Eso puede suceder, pero no hay necesidad absoluta de un maestro para convertirse en un mago negro; sin maestro, sin nada, uno puede llegar a serlo si se deja guiar demasiado por su naturaleza inferior. E, igualmente, un hombre que sólo piensa en ayudar, en iluminar a los demás, aunque no tenga Maestro para instruirle, se está convirtiendo en un mago blanco.

En realidad, todos los humanos tienen un Maestro, si no en el mundo invisible, en el mundo visible. Los criminales tienen en el mundo invisible a un maestro que no cesa de aconsejarles perjudicar a los demás. E incluso, si dicen: “¿Un maestro, nosotros? ¡No lo queremos!” Pues bien, tienen que saber estos cegatos que tienen un maestro cuyos consejos perniciosos siguen día y noche sin ni siquiera darse cuenta.

Evidentemente, cuando yo les hablo de Maestros, sólo hablo de los verdaderos grandes Maestros espirituales, de los Magos blancos. Ya sé que se da el título de maestros a muchos que destacan en su profesión (maestro carpintero, maestro tonelero, etc.), y a los notarios, a los magistrados, a los artistas, etc. Es una forma de ver las cosas, y yo no les niego este título; pero deben saber que un verdadero Maestro, en el sentido espiritual del término, es, ante todo, un ser absolutamente desinteresado. Es por esta cualidad por la que pueden reconocer a un Maestro: por su desinterés. Quizá pueda ocurrir que un Maestro no haya llegado aún a la perfección en todos los dominios, porque cada uno viene a la Tierra para manifestar más particularmente una cualidad, y hay, por tanto, Maestros de sabiduría, Maestros de amor, o de fuerza, o de pureza... Pero todos los verdaderos Maestros tienen obligatoriamente esta cualidad en común: el desinterés.

¡Hay tantos impostores, charlatanes, gente codiciosa! Han leído algunos libros de ciencias ocultas, escritos a menudo por ignorantes, y se presentan a sí mismos como grandes Maestros. No han recibido ningún diploma del Cielo, no llevan sobre sí mismos ningún signo de que el Cielo les haya reconocido, se han designado a sí mismos como Maestros; pero los humanos son tan ingenuos que siguen ciegamente a estos supuestos Maestros, y así es cómo se dejan engañar y despojar. Estos seres, claro, tienen a menudo algunos poderes, esto no es imposible. Cualquiera que se ejercite puede obtener algunos poderes. Pero la cuestión es saber cómo los emplea, con qué fin, por qué y cómo se sirve de ellos. Sobre esto es sobre lo que el Cielo se pronuncia, porque el Cielo no se preocupa de sus poderes y

de sus conocimientos, sino del uso que hacen de ellos. Desgraciadamente, los humanos, tan ignorantes, no tienen este criterio, y no sólo se dejan engañar por cualquiera, sino que, si encuentran a un verdadero Maestro desinteresado, entonces es cuando van a dudar de él. Y al primero que se presenta como un Maestro, le siguen.

En realidad, un verdadero Maestro nunca dice que lo es, nunca; deja que los demás lo sientan y lo comprendan, no tiene prisa por ser reconocido. Mientras que un falso Maestro, desde el momento en que él mismo ha decretado que era un Maestro, quiere imponerse a los demás.

Acabo de recibir una carta de un hombre que se creyó capaz de ser un guía espiritual y me escribe para decir lo desgraciado que se siente, lo atormentado y angustiado. Evidentemente, tenía que esperárselo. ¿Por qué engañar a la gente y pretender guiarla cuando uno mismo no está a punto? ¿De quién ha recibido la orden de asumir esta tarea? Pero los humanos son así: se creen capaces de guiar a los demás, sin ver que no tienen las virtudes necesarias: la sabiduría, el amor, la pureza, la fuerza, el desinterés. No saben que, si no han recibido la orden de un ser superior para asumir esta tarea aplastante de guiar a los humanos, es muy peligroso querer jugar este papel.

Me gustaría poder ayudar a este hombre, porque veo que es muy desgraciado y que ni siquiera sabe por qué. Leyó algunos libros de ciencia esotérica y se imaginó que con eso bastaba, y se puso a evocar las fuerzas formidables del mundo invisible para servirse de ellas, sin haber aprendido nunca a entrar en armonía con ellas. Pues bien, estas fuerzas se vengán, dicen: “¿Por qué se burla usted de nosotros? ¿Por qué trata de utilizarnos para satisfacer sus caprichos? Usted no está a punto, no está a la altura, y nosotros no queremos someternos, se merece una buena lección.” ¡Cuántos supuestos ocultistas no tienen ningún conocimiento verdadero de las leyes del mundo espiritual! Se los digo: han leído algunos libros y, sin prepararse, quieren deslumbrar a algunos discípulos haciendo prodigios delante de ellos. Pero no, no es así como hay que hacer las cosas.

Para poder asumir la tarea de guía espiritual hay que haber recibido un diploma. Sí, en el mundo espiritual también se reciben diplomas. Los espíritus luminosos que nos han enviado a la Tierra nos observan, nos miden, y, si ven que hemos hecho esfuerzos, que hemos logrado dominarnos y corregir algunos de nuestros defectos, nos dan el diploma. ¿Y dónde está este diploma? En todo caso, no en un papel que pueda ser

borrado o destruido. Es un diploma que está impreso en la cara, en todo el cuerpo, algo que muestra que el discípulo ha logrado la victoria trabajando sobre sí mismo. Los humanos quizá no lo vean, pero todos los espíritus de la naturaleza, todos los espíritus luminosos lo ven desde lejos, y entonces le obedecen, le ayudan. Los diplomas existen en el plano físico y también existen en el plano espiritual, a cuya imagen el plano físico ha sido creado. En el plano espiritual también hace falta obtener la aprobación de ciertos seres, y una vez que se ha obtenido esta aprobación, todo se ve facilitado.

En el pensamiento que acabo de leerles se dice: **“Es bueno tener un Maestro sabio y lleno de amor, pero no olviden nunca que lo más importante son ustedes mismos, porque, cuando uno lleva en sí algo bueno, celestial, divino, acaba siempre atrayendo, de entre las fuerzas celestiales, los elementos que le corresponden.”** Desgraciadamente, cada vez más, los humanos se han acostumbrado a contar solamente con elementos materiales, exteriores: aparatos, máquinas, medicamentos. Nunca piensan en utilizar las posibilidades que el Creador ha puesto en ellos. E incluso, cuando encuentran a un Maestro, adoptan exactamente la misma actitud. En vez de aprender a desarrollar, gracias a él, sus facultades espirituales, cuentan con su Maestro para que lo haga todo en su lugar: es el Maestro quien debe instruirles, purificarles, curarles, encontrar las soluciones a todos sus problemas, hacerles felices y ricos. Sí, esta actitud de esperarlo todo del exterior está tan propagada que hasta los espiritualistas la han adoptado. En un Maestro buscan a un buen hombre que vaya a auxiliarles, a salvarles, y, sobre todo, que se vaya a cargar con todos sus fardos. Sí, ¡un borrico! Analícense y verán si no es verdad.

Siempre cuentan con que les voy a resolver todo. Pero ni siquiera el Maestro más grande puede hacer nada si el discípulo no posee, al menos en germen, virtudes que el Maestro pueda alimentar y hacer fructificar. Si hay padres que quieren tener hijos que triunfen en un dominio particular, tienen que pensar en depositar en ellos los elementos apropiados, porque ningún profesor, ningún educador puede desarrollar en un niño determinadas cualidades si no posee ya dentro de él el germen de las mismas. Así que no acusen a un Maestro de que es incapaz de conseguir que les vuelva divinos, si no tienen ya interiormente unos elementos divinos. Pero, si los poseen, él es capaz como nadie de hacerlos fructificar. Igualmente, los alquimistas dicen que sólo se puede fabricar oro si se tiene al menos una partícula de oro como punto de partida.

Es verdad, pues, que un Maestro puede hacer muchas cosas, pero sólo

para aquél que ya posee unas aspiraciones divinas, que ya tiene un alto ideal, porque, si no, no puede hacer nada. Por eso un Maestro no trata de obligar a nadie a tomar tal o cual dirección, porque sabe que es inútil. Si alguien está cerrado, si es obtuso, el Maestro le dejará hacer. Y ésta es también una de las diferencias que existen entre los Maestros verdaderos y los falsos. Un Maestro falso utilizará todos los medios de los que dispone para obligarles a tomar la dirección que él desea. Mientras que un verdadero Maestro, que sabe que no tiene derecho a violentar a las creaturas, les hablará, les dará explicaciones, rezará por ustedes, y eso es todo. Si quieren escoger el infierno, les explicará lo que les espera, pero no se los impedirá. Porque el que quiere destruirse tiene derecho a hacerlo, nadie se lo puede impedir, ni siquiera el Señor; la prueba es que deja que los hombres hagan toda clase de locuras y que se rompan la crisma.

No cuenten, pues, demasiado con su Maestro. Yo les diré que no cuento con nadie, ni con los grandes Maestros, ni con los Ángeles, ni siquiera con el Señor; cuento solamente con mi trabajo, porque sé que, si trabajo, puedo contar también con el Cielo. Sí, en cuanto sembramos podemos contar con el Sol, con la lluvia y el rocío, que vendrán a hacer fructificar las simientes. Pero si no hemos sembrado nada, es inútil contar con nada ni con nadie. Es como si quisiésemos apoyarnos en el vacío: ¿de quién es la culpa después, si no nos llega lo que esperábamos? Ni siquiera el Señor quiere que contemos tanto con Él. Por eso, justamente, se dice: “Busquen el Reino de Dios y su Justicia y todo lo demás les será dado por añadidura.” ¿Por qué no se dice que todo nos será dado sin que hagamos nada? Primero hay que hacer algo para desencadenar los procesos que nos permitan obtener lo que deseamos.

Un Maestro, que durante milenios ha trabajado para vencer en él todas las pasiones humanas y para atraer las virtudes del Cielo, emana unos elementos que pueden beneficiar a aquéllos que le rodean. Y ésta es la utilidad de frecuentar a un Maestro: mirándole, escuchándole, viviendo cerca de él, sus discípulos reciben algunas partículas de su vida que van a permitirles evolucionar mucho más rápidamente. ¿Qué creían, si no, de que puede servirles un Maestro? No se ocupa de darles riquezas, ni una situación, ni mujeres; su preocupación es darles elementos de una naturaleza superior que vibran en armonía con el Cielo, y, si pueden recibir estos elementos, si pueden conservarlos y hasta amplificarlos, con el tiempo sentirán que sus pensamientos, sus sentimientos, y hasta su salud, todo mejora. Junto a un verdadero Maestro sólo pueden encontrar bendiciones. Nunca les hará daño, nunca los perjudicará, no los utilizará para servir su

interés. Conoce las leyes, sabe que si les hace daño tendrá que sufrir doblemente para repararlo, y sólo piensa en guiarlos.

Y lo esencial, justamente, no es ser inteligentes, ricos o poderosos; no, lo esencial es estar bien guiados, porque entonces estarán seguros de triunfar. Mientras que, si no se los guía bien, aunque tengan toda clase de cualidades, como poder, inteligencia, bondad, etc., es posible que se rompan la crisma en alguna parte. Dirán: “Pero yo quiero guiarme sólo, ¿de qué sirve ser guiados por otros?” Pues, justamente, sirve de mucho. Incluso RAM fue guiado, y por eso pudo traer la Edad de Oro. Él no era más que un guerrero y, para realizar la Edad de Oro, tuvo necesidad de ser guiado por un ser excepcional que poseía toda la Ciencia iniciática y disponía de los más grandes poderes. Este ser no es conocido, permaneció en la sombra, pero yo le conozco y sé que está en algún lugar en el mundo, porque quiere, por segunda vez, que venga la Edad de Oro a la Tierra.

Pero dejemos por hoy esta cuestión; tienen que saber solamente que estar bien guiados es más importante que todo lo demás. Yo, por ejemplo, era siempre el último en todas partes, no tenía ninguna facultad, en la escuela era el último, y en la sociedad, no hablemos: ¡el último también! Hasta mi salud era deplorable. Pero acepté ser guiado, ser bien guiado, y, miren ahora, ustedes, que son tan inteligentes y capaces, ¡vienen a pedirme consejo! ¿Ven?

Mis queridos hermanos y hermanas, no han venido aquí por casualidad. Tienen unos ángeles guardianes que piensan en ustedes, que no quieren dejar que se pierdan, y que les han traído aquí, con la esperanza de que, por fin, van a encontrar una buena dirección. Cada uno tiene un ángel guardián que se ocupa de su orientación, de su evolución. Pero, evidentemente, si prefieren las locuras, el caos, ni siquiera él se lo impedirá, no tiene derecho a hacerlo. Sufre, es desgraciado, le dice al Señor: “Tú me has confiado a esta alma y no logro hacerle sentar la cabeza”, pero no puede hacer nada contra su voluntad.

Y, ahora, hagan lo que quieran, me da igual. No, no del todo, porque me han dado esta carga terrible de hacer algo con ustedes y, si no lo consigo, no estaré demasiado contento de mí, es normal. Incluso los más grandes Maestros tienen esta debilidad de querer triunfar. Si logro, pues, atraerlos a este camino extraordinario y mejorarlos, como me lo piden, créanme, seré el hombre más feliz de la Tierra. Sí, si lo logro...

* * *



www.laensenanza.org